

de la Iglesia» (catecismo católico 1617), el matrimonio es un signo transparente, cercano y eficaz de este amor. Los mismos esposos, con su consentimiento libre y consciente, son los ministros del sacramento y, por tanto, se dan el consentimiento mutuo en nombre de Cristo Esposo.

El vínculo matrimonial indisoluble es una gracia indicadora de que «el auténtico amor conyugal es asumido en el amor divino» (GS 48). A la luz del amor de Cristo Esposo, el amor matrimonial, asumido con la propia responsabilidad, es siempre «apertura a la fecundidad» (catecismo católico 1652). Es fecundidad responsable, donde ninguna autoridad humana puede intervenir. Esta apertura generosa a la fecundidad va acompañada de la propia responsabilidad y prudencia respecto al número de hijos, para hacer posible la educación integral de los mismos. «Como iglesia doméstica, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir el Evangelio de la vida. Es una tarea que corresponde principalmente a los esposos... En la procreación de una nueva vida los padres descubren que el hijo, si es fruto de una recíproca donación de amor, es a su vez un don para ambos, un don que brota del don» (EV 92).

El deseo de santidad, que es connatural a toda vocación cristiana y que brota de la celebración sacramental, acentúa, en el matrimonio y en la vida consagrada, el tono de desposorio con Cristo: compartir la vida con él. El sacerdote, que representa a Cristo Esposo en la comunidad eclesial, realiza un servicio cualificado para que ambas vocaciones de desposorio se vivan con la peculiaridad propia de la generosidad evangélica.

Los Signos del Encuentro. JUAN ESQUERDA BIFET



San Miguel aconseja

¡Hay que aprender a dejar/se amar por Dios! Al hombre le agrada conjugar en activo: yo amo, vale decir, soy el sujeto agente. Es verdad que el verdadero amor siempre es oblativo, ofrenda de un ser a un 'Tú'. Pero aún esto se hace con un aire de superioridad: presta atención es mi riqueza la que te hace crecer. No agrada tanto conjugar en pasivo: yo soy amado. *Ahora soy sujeto paciente. Se me quita el protagonismo.* Por eso resulta más difícil: **dejar/se amar, dejar/se regalar por el otro.**

Frente este espectáculo maravilloso (de la encarnación y redención) Miguel fuera de sí exclama: "¡...dejémonos amar por este Dios amante, amemos como este Dios amante, amemos en este Dios y por este Dios amante!" MS 190

Redacción y Composición
RP DANIEL RAMÓN MARTÍN scj 
--- > www.betharram.net
-- > www.geocities.com/betharram



“sedientos del amor de Dios,
samaritanos en su
época y cultura,
misioneros
como Garicoits sacerdote”

Espiritualidad Betharramita
Año XV 2010 ~ N° 08

Hojita
15
años

Sacramento del Matrimonio

***Importante es clarificar/se,
en tiempos de máxima confusión***

La comunión de hermanos se vive en el pequeño grupo de pertenencia y en la sociedad humana en general. El encuentro con Cristo en sus signos sacramentales "capacita y compromete a construir esta comunión fraterna... El Señor dio la vida por esta unidad que refleja el Dios-Amor: «por ellos me inmolo, para que ellos también sean santificados en la verdad... para que sean uno» (Jn.17, 19-21).

El ambiente normal en que se aprende a vivir esta comunidad es la familia, donde cada uno de los componentes se hace donación generosa y gratuita a los demás. La presencia activa de Jesús en el sacramento del matrimonio y a partir de él, hace posible esta donación desinteresada, que construye la comunión familiar y que es indispensable para construir la sociedad entera.

Por el sacramento del matrimonio, los esposos se recuerdan continuamente la donación total de Cristo. Por esto, es una donación fiel, generosa y fecunda, que fundamenta una «íntima comunidad de vida y amor» (GS 48), «como reflejo del amor de Dios y del amor de Cristo por la Iglesia su esposa» (FC 17; ver Efesios 5,25ss). De este modo, «la Iglesia encuentra en la familia su causa» (FC 15), porque la familia «tiene la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor» (FC 17). Así aparece como «Iglesia doméstica» (LG 11).

En la familia, la comunión se hace indisoluble, como indicando la «perennidad del amor conyugal que tiene en Cristo» (FC 20). La presencia activa de Cristo, especialmente a partir del sacramento del matrimonio, hace posible la unidad, fidelidad, indisolubilidad y fecundidad. La familia se hace entonces «escuela de humanidad más completa y más rica» (GS 52).

La familia cristiana, vivida en esta perspectiva de amor esponsal de Cristo presente, recuerda a toda la Iglesia su desposorio con el Señor Jesús y, de modo especial, deja entrever la posibilidad de vivir el desposorio con Cristo de manera radical en la vida sacerdotal y consagrada (ver FC 11). La vivencia de la Alianza, desde la encarnación

del Verbo, tiene estas dos modalidades: el matrimonio como sacramento y el seguimiento evangélico radical (sacerdocio y vida consagrada).

Las vocaciones al desposorio radical con Cristo nacen ordinariamente en la familia auténticamente cristiana, como fruto espontáneo y maduro. «En esta como Iglesia doméstica, los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo, y han de fomentar la vocación propia de cada uno, y con especial cuidado la vocación sagrada» (LG 11).

Al mismo tiempo, la fidelidad matrimonial necesita el testimonio de amor generoso de quienes están llamados al seguimiento evangélico radical. Los carismas se complementan y postulan mutuamente. La fidelidad o infidelidad de un sector repercute en el otro. Los divorcios son correlativos a las secularizaciones. La santidad se contagia y comunica como por vasos comunicantes. Cristo Esposo se hace presente en la Iglesia, por medio del matrimonio cristiano y por medio de la vida consagrada y sacerdotal.

La Alianza o pacto sponsal de Dios con los hombres, tiene este sentido matrimonial de acompañamiento amoroso y salvífico. La carpa de campaña (la «shekinah») y el templo indicaban una presencia de Dios «consorte» o esposo. La Nueva Alianza, sellada con la sangre de Jesús, indica que el mismo Verbo hecho hombre es el Esposo desde el día de la encarnación (In 1,14).

El desposorio de Cristo con toda la humanidad, como consorte, protagonista, mediador, hermano, hace posible que el matrimonio humano sea elevado a categoría de sacramento, es decir, signo eficaz del encuentro con él. Los esposos son mutuamente signo personal de Jesús, de su amor y de su presencia.

Es el amor de Jesús y a Jesús el que está en juego desde la celebración del sacramento del matrimonio. Pablo recuerda a la comunidad que ha sido desposada con Cristo: «celoso estoy de vosotros con celos de Dios, pues os tengo desposados con un solo esposo para presentaros cual casta virgen a Cristo» (2Cor 11,2).

De hecho, la vida cristiana entera tiene este sentido de desposorio, es decir, de seguimiento de Cristo para compartir su misma suerte. El cristiano que no viviera este seguimiento, ni entendería ni sabría vivir la moral cristiana. «La moral cristiana... consiste principalmente en el seguimiento de Jesucristo, en el abandonarse a Él, en el dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia, que se alcanzan en la vida de comunión de su Iglesia... porque el seguimiento de Cristo clarificará progresivamente las características de la auténtica moralidad cristiana y dará, al mismo tiempo, la fuerza vital para su realización» (VS 119).

Este desposorio se convierte en signo radical y fuerte por medio de la vida consagrada y el seguimiento apostólico de los sacerdotes. Y este mismo desposorio se hace signo sacramental (signo eficaz y portador) por medio del sacramento del matrimonio.

El amor entre esposo y esposa encuentra, pues, como modelo al mismo

Cristo Esposo de la Iglesia: «maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (Efes. 5,25-27). Éste es el «gran sacramento», que se inspira en el amor entre Cristo y su Iglesia (Efes. 5,32).

El amor de Cristo, que es punto necesario de referencia, es amor de donación gratuita, perenne, irrepetible, fiel. Es la donación de verdadera amistad, por la que se busca el bien de la persona, amada por sí misma, sin utilizarla: «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

La donación implica todo el ser. En la vida matrimonial, todo el ser, cuerpo y alma, expresa esta donación fecunda. Por el sacramento del matrimonio, esta donación es camino de santidad, camino de configuración con Cristo Jesús. El amor de donación tiende siempre al olvido de sí mismo, para buscar el bien de la persona amada, sin condicionarla. El amor sponsal de San José respecto a María fue todavía más profundo, porque amó a María tal como era, la siempre Virgen, según los planes salvíficos de Dios.

El amor, cuando es verdadero, proviene siempre de un corazón unificado, «indiviso». El matrimonio es escuela de esta unidad de donación, dentro de la familia como «Iglesia doméstica» (LG 11). Para Pablo, la virginidad por el Reino conserva el corazón «indiviso» para servir a toda la Iglesia (1Cor 7,34; ver PO 17).

No hay que olvidar que el amor, en esta tierra, es una anticipación de un amor pleno y definitivo en el más allá. El sacramento del matrimonio hace posible este paso «escatológico» o final. El amor, sellado de modo indisoluble en el sacramento, queda custodiado para la eternidad.

El amor que proviene de Dios tiende a ser eterno y definitivo. La muerte no puede romper este vínculo de amor. Unas eventuales segundas nupcias, siendo legítimas, se integran, gracias a Cristo, en esa unidad indisoluble del amor.

El amor de Dios creador se comunica a la familia humana, para continuar y perfeccionar la creación. Por el sacramento, la familia es colaboradora también en la nueva creación, que es 'Vida en Cristo'. Los hijos se engendran para que puedan ser hijos adoptivos de Dios por el Espíritu (Gal. 4,5-6), «hijos en el Hijo» (Efes. 1,5; ver GS 22). María, «la mujer», es modelo, intercesora y ayuda de esta nueva fecundidad (Gal. 4,4).

Si «toda la vida cristiana está marcada por el amor sponsal de Cristo y

